

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CENTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.
 { trimestre..... 2,50
 { año..... 10

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS. { Un trimestre..... 3 pesetas.
 { semestre..... 6
 { año..... 12

MENSAJE Á ZOLA

Casi tenemos el derecho á entusiasmarnos. Dos mil ciento veinticuatro hombres de buena voluntad han suscrito con sus firmas el Mensaje de adhesión que propusimos se elevara á Zola.

Dada la apatía de nuestro carácter, nuestro indiferentismo hacia todo, la triste desconfianza en que se inspiran nuestros actos, esas dos mil ciento veinticuatro firmas tienen un valor extraordinario.

Quisiéramos reproducirlas todas en estas columnas para satisfacción nuestra; quisiéramos reproducir también las cartas de entusiasta admiración al maestro, que hemos recibido de provincias...

¡Que esta brillante manifestación de simpatía sirva de consuelo al heroico defensor de Dreyfus!

«Estar solo, es ser fuerte», ha dicho no sé quién. ¡Sí, pero es tan hermoso estar acompañado!

* *

Damos las más expresivas gracias á los periódicos de Madrid y provincias por las frases de elogio con que han acogido nuestra modesta iniciativa.

Hemos tenido la fortuna de ser intérpretes de los deseos de la opinión, y esto ha sido todo.

En la próxima semana enviaremos á Zola los pliegos firmados, con los cuales formaremos un album, que mandaremos encuadernar lujosamente.

EL PREMIO DE CARNAVAL

—Mire vuesa merced si seré hombre de pró en todo, pienso que no he de equivocarme y puedo asegurar quién ha de ganarse el premio.

—Quién te figuras tú...

—¿A que no lo acierta vuesa merced?

—No gusto de perder el tiempo en hacer adivinanzas, así, pues, dime quién, á tu juicio, ha de llevarse el premio ofrecido por el Ayuntamiento...

—Por el Excmo. Ayuntamiento, diga vuesa merced, que es como ha de decirse.

—Bueno sea, que no he de reñir yo por negar á cada uno lo que le corresponda, ofrecido por el excelentísimo Ayuntamiento de Madrid al mejor máscara; esto es, al que aparezca por esas calles vestido con más gracia de mamarracho...

—Mamarracho, dijo vuesa merced, y no da con el sujeto que ha de ganar el premio?

—No, no caigo.

—Silvela,—mi Sr. D. Quijote, Silvela. Hay máscara como la suya, disfraz más airoso... Cualquiera de las miles de cosas que él gasta á diario valdría á otro para llamar la atención en las extraordinarias fiestas de Carnaval. Ahora no estamos para ocuparnos en otras, sino en estas cuestiones, y para que nos dejen tranquilos, á los fusionistas manducando sossegadamente del presupuesto, y al pueblo divertido con mogigangas. Los gruñidos del tío Sam nos pudieran molestar, pudiera con ellos el gran marrano exceder á nuestros desaforados chillidos y á la algazara de nuestras carcajadas. Así vemos que en todo se extraña por aquí la cortesía, y no sólo pediremos

perdón á Mac-Kinley, porque haya habido un español que haya osado pensar que el tal presidente no es un hombre de enorme talento y lindo rostro, sino que también pediremos perdón por lo del Maine. Deben perdonarnos por no haber procurado evitar que la pólvora yankee ardiese sola en un puerto español. Dadas todas las explicaciones que pidan y además las que no nos pidieren, van á divertirse y á cubrir la vergüenza, si alguna nos queda, con la careta. La mejor máscara, repito, será Silvela. ¿Quién competir podrá con el enmascarado veneciano? ¿Quién como él puso cara de amigo á Cánovas, cuando más odio sentía hacia él? ¿Quién se disfraza de listo, de docto, de moral, de enérgico, de monárquico, de católico ferviente, de ingenioso? Pues qué, ¿no tiene engañado á Rancés, que en punto á ingenio posee, y esto es sabido, uno de los más envidiables? Silvela, será el mascarón, primer premio del conservatorio de máscaras que pretende fundar Romanones. ¡Qué gozo el nuestro, Sr. D. Quijote!

—Gozo, ¿por qué?

—¿Cómo por qué? ¿No recuerda vuesa merced la oración de aquel marido que decía: «Señor, que mi mujer no me haga cornudo; que si me hace, yo no lo sepa; y, en fin, que si yo llevo á saberlo, soberano Señor, os pido que no me importe.» Pues Dios nos ha concedido esta sin duda suprema gracia: la de que siendo cornudos, y más que cornudos... apaleados, se nos dé un ardite y nos quedemos tan frescos con el adorno y los estacazos de propina... Así se vive en grande, la felicidad es verdadera, respirase con placer, se come, se duerme, se pasea uno á gusto, le viene ancha la ropa y no le aprietan los zapatos.

—A ver, á ver; explícate, Sancho.

—Puede que á vuesa merced no le agraden mis explicaciones, porque mucho me temo que vuesa merced no se haya curado de la enfermedad, que más debemos temer nos aflija en estos momentos á los españoles... Aquella enfermedad extraña que padecía Marcial, el protagonista del drama de Leopoldo Cano, *La Pasiónaria*, y enfermedad por la cual el médico recomendaba al pobre enfermo que saliese de España.

—¡La vergüenza!

—Tal y como vuesa merced la nombra. Miren si ahora no saldrá de rey de las máscaras Romanones, Aguilera de hombre de los zancos, Gamazo de ganadero y labrador, Pidal de monje, Castelar de Virgen y de las sabias, Weyler de cordero, Martínez Campos de tigre de Hircania, Moret de Príncipe Constante, Labra de español, Gullón de Meternik, Correa de Napoleón I, Mesa Mena de diputado arlequín con colores de los diez y siete distritos que va á ganarse para la próxima Carnavalada parlamentaria, y así todos muy gozosos y saltarines... en tanto que... en tanto que... en tanto que...

—Acaba, hombre.

—Señor... me ha contagiado vuesa merced... pienso que también yo tengo algo de esa fiebre de pudor y de decoro, síntomas de la peligrosa é incurable vergüenza; mala enfermedad, porque ella le impide á uno chillar, cantar, bailar y aun hablar, y salir á la calle... y adiós mis Carnavales... y el civilizador intento de Romanones, por instituir en Madrid una parodia de la *Mi Carême* y del buey gordo francés. Nosotros que podíamos

haber hecho la fiesta del «cerdo gordo», según la tenía preparada nuestro colega y amigo el chistoso Gedeón.

—Bien sé lo que te detiene, Sancho; y esto me consuela, porque veo que, más que escudero, caballero eres, y la caballerosidad mía te ha hecho á tí caballero, y muy caballero. Te dices tú para tu capote... los yankees... que han venido repitiéndonos que eran nuestros amigos, y á la vez favorecían las expediciones filibusteras... esos yankees que deseaban concediésemos las autonomías labrescas á los traidores insurrectos... hoy cuando creen que hemos perdido sangre, fuerza y dinero... es decir, cuando con la pica nos han quebrantado, hoy que se han concedido esas necias reformas... hoy les vemos desplegar la muleta, disponiéndose á darnos la estocada de muerte... y en estos momentos ¡venga el estúpido jolgorio, el atávico Carnaval, como si fuésemos pueblo de esclavos... Caretas, pantomimas... y esto por el estímulo de un premio oficial... ¡Ah! razón, razón sobrada tienes, Sancho amigo... ¡Claro es que no podemos exigir que los moros dejen de serlo... claro es que, además, los necios necesitan necear... claro es que siempre hubo en todas partes y en todos tiempos gente alegre, frívola, bulliciosa y turbulenta... y que el Carnaval no hemos de borrarlo... pero hacer del Carnaval una fiesta oficial, casi nacional, y en estos momentos!

—Peor es meneallo... como dijo vuesa merced en cierta ocasión. Ni vuesa merced ni yo saldremos de casa, y para nuestro consuelo leamos la biografía de Casto Méndez Núñez.

CARTA DE WOODFORD

Agradecidos al constante favor que nos dispensa el público, no hemos dudado un momento en comisionar á nuestro representante en New-York, Mr. Cerdot, para que *distrajera* de las oficinas de Correos de aquella capital algunas de las cartas que Mr. Woodford ha dirigido en estos últimos días á Mr. Mac-Kinley.

Mr. Cerdot, con un celo digno de todo elogio, nos ha remitido la siguiente carta, que se ha procurado después de incesantes trabajos.

La adquisición de tan precioso escrito nos ha costado cinco mil pesetas. Pero con gusto hemos hecho tan enorme sacrificio, para corresponder de algún modo al cariño con que nos favorece el público.

He aquí, ahora, la carta interceptada:

«Honorable señor: Mi misión se hace por momentos más difícil. El gobierno español comienza á ver claro (1) y cada vez desconfía más de sus «leales amigos». Ya ha visto usted que á nuestro acto de cortesía enviando el *Maine* á aguas de la Habana, nos ha contestado enviando el *Vizcaya* á aguas de New-York. ¡Si le digo á usted que no se puede ser fino con cierta gente!

Yo estoy sufriendo cada desaire de la buena sociedad madrileña, que me *arde el pelo*, (dicho sea en lenguaje lo menos diplomático posible). ¡Esta genticilla huye de mí como de un apestado!

Mi casa está constantemente vigilada por fuerzas de la Guardia civil. ¡El gobierno teme que el pueblo me favorezca con alguna manifestación de simpatía!

(1) ¡Ya era hora!
(Nota de la redacción.)



Zorrus Silvela.

Murciélago Pídalorum.

Burrus Capdepón.

Pavus real (y tan real como Cerdorunmkee (con perdón de ustedes).

Conejos autonómico.

Camellus saguntino.

Romerus montés.

Aguilorum elefante.

Sagasta lagartus.



¡Viva la revisión del proceso!



Notas de actualidad.
Nerón y Sombrerito.

Siguen las visitas de cortesía.



Los consumos.
Limón en Carnaval (fotografía hecha expresamente para DON QUIJOTE.



El payo de la carta

Mis relaciones con los miembros del gabinete español son muy *correctas*. ¡Todavía no nos hemos dicho una palabra más alta que otra! ¡Pero la procesión anda por dentro!

Yo estoy muy satisfecho de mis gestiones. Mr. Gullón,—que según los periódicos madrileños es blando y dulce como una mantecada de Astorga—accede solícito a todas mis pretensiones. Es un hombre que no sabe decir a nada que no. ¡Si hubiera nacido mujer!...

Pero, sin embargo, honorable señor, mi situación, como le decía al principio de esta carta, se va haciendo cada vez más difícil.

El gobierno desconfía de nosotros. El pueblo también. Y no hay que olvidar que esta es la clásica tierra del general «¡No import!».

Es preciso, pues, que nos *comprimamos* un poco. Este es el consejo leal que se permite daros, vuestro reconocido servidor, W.

P. D.—No firmo la carta, porque el yankee escaldado, del Dupuy imprudente huye.»

QUISICOSAS

—La atención voy a llamar en cuanto mi traje exhiba, pues me pienso disfrazar...
—¿Y de qué?

—De calamar, por ser el traje que hoy priva.

—¿Qué quisiera usted?
—Unas Cortés compuestas de hombres enérgicos, en que cada diputado fuera un león por lo menos.
—¿Para qué?

—¿Y me lo pregunta? Pues para que el mundo entero dijera al ver los leones de la puerta del Congreso: «Los de bronce se hallan fuera y los de carne están dentro».

—Venga esa mano de amigo; choca, no me hagas un feo, que ser tu amigo deseo.
—¿Pues sabes lo que te digo? que eres *yankee* y no te creo.

—Chica, vestirme quería...
—¿De *yankee*?
—¿De *yankee*? ¡Cal!
—¿De mico?
—De Autonomía.

—¿Qué traje es ese?
—Alma mía, Moret te lo explicará.

Los insurrectos de Cuba no se someten a España, porque, por lo visto, tienen quien les guarde las espaldas.

Por mucho que te disfraces te conoceré en seguida, porque enseñarás la punta de la daga florentina.

Por una gran cruz, un mundo; por un buen destino, un cielo; por un acta... yo no sé lo que daría por eso.

VICENTE RUBIO.

LANZADAS

Pero señor, ¿qué haríamos nosotros para captarnos las simpatías del Sr. Congosto?

Porque no sé si sabrán ustedes que continúan secuestrando el DON QUIJOTE en la Habana, y que ha sido prohibida la circulación del mismo en toda la isla.

Y todo, ¿por qué?

Porque se nos acusa de ser *demasiado* españoles.

¡Grave delito!

¡Pues nada, sigan ustedes secuestrándonos!

¡Y viva España!

Final del discurso pronunciado por el Sr. Romero en el Congreso:

«A los hombres que como yo piensan, se les coloca en este dilema: ó la revolución ó el vilipendio.»

¡Pues la elección no es dudosa!

A creer a los periódicos ministeriales, la última Nota escrita por el Sr. Gullón puede servir de modelo «por su energía y delicadeza».

¡Adiós, esteta!

¡Oh joven! La prudencia te aconseja que no escribas jamás a Canalejas.

Me dicen que has tenido una cuestión. ¡Encomienda el asunto a Pio Gullón!

Si quieres ser feliz como me dices, agárrate de Toca a las narices.

Ayer decía Silvela: «¡Pobrecillo!» (D. Francisco aludía a Angiolillo.)

He perdido en D. Práxedes la fe desde que se ha quitado su tupé.

Sigue la farsa.

«El Gobierno está decidido a adoptar medidas energéticas y a no consentir la intrusión de los Estados Unidos en los asuntos de Cuba.»

¡Bah! ¡Energías al *cold cream*!

Las benevolencias de Blanco. (¡Qué bien le cuadra a ese hombre el apellido!)

«Ha sido sobreesido el proceso que se seguía contra el periódico *El Reconcentrado*.»

Nos parece muy bien.

¡Y mientras tanto la prensa peninsular secuestrada y quemada!

¡Alegrarnos nos manda el gran preboste!

Ya sabrán ustedes que de «orden» del alcalde tenemos que divertirnos mucho estos Carnavales.

Hay en preparación grandes fiestas: batallas de flores, concurso de animales, carrozas «simbólicas», etcétera, etc.

Según nuestras noticias, las madres de los soldados que pelean en Cuba coadyuvarán también al mayor esplendor de las fiestas.

Presentando una carroza alegórica que se titulará: El Carnaval en la manigua.

El Sr. Dupuy de Lome ha sido destituido por haberse permitido hacer determinadas apreciaciones en *carta particular* sobre la pérdida política de Mac-Kinley.

El hablar la verdad es vicio feo, del que has de corregirte, ¡oh Timoteo!

Varios señores carlistas nos dicen, en carta particular, que no piensan tomar parte en el concurso de animales proyectado por el alcalde.

Pues es lástima.

¡Porque nadie con más derecho que ellos a obtener el premio!

En el carro de los muertos ha pasado por aquí; llevaba la *carta* fuera, ¡por eso le conocí!

Libros.

Sofía Casanova, la popular poetisa gallega, ha publicado, con el título de *Fugaces*, una hermosa colección de versos, cuya lectura recomendamos muy eficazmente a ustedes.

Precio del libro: tres pesetas.

REDENCION

La muerte de Roberto fue una gloria para el infierno. Nunca el negro bárato abrió sus fauces más ávidamente para devorar un alma. Nunca alma más depravada se hundió en el abismo de las tinieblas perdurables. Espíritu satánico, azote de la humanidad, pasó por el mundo, funesto, impio, asolador, maldito, como una encarnación viviente del propio principio del mal.

Aquel demonio había sido en la tierra idolatrado por un ángel. Suele el amor a veces complacerse en esos contrastes. Irene amó a Roberto con apasionada ternura. Prodigóle cuantos tesoros de cariño encerraba su corazón de mujer. Salvar al monstruo adorado, redimirle, la única aspiración de su vida eterna. Y cuando Roberto murió, aquella vida, ya sin objeto, extinguióse dulce y tristemente, como día sin sol ó llama sin combustible.

El mensajero celeste, encargado de llevar a la mansión de la bienaventuranza las almas de los justos, tomó de la mano al alma de Irene y se elevó con ella en los espacios. Volando, volando cruzaron las grandes extensiones del vacío, bañados en el indeciso crepúsculo del éter, contemplando el vago pulular de los soles en la inmensidad, hasta transponer los límites de la creación, más allá del vasto y misterioso taller donde se elaboran los mundos. Y entonces se ostentaron ante los deslumbrados ojos del alma bienaventurada, las maravillas del paraíso, morada del bien sin mal, de la luz sin sombras, del placer sin dolor, del amor sin odio, de la belleza sin mancha, de la virtud sin yerro, del goce sin hastío, de la esperanza sin temor, de la virtud sin tentación, de la vida sin muerte, donde entre coros de ángeles, arcángeles y serafines, contemplan los elegidos, con el deleite divino del éxtasis el refulgente trono del Eterno. Mas ¡ay! en vano los

ojos de Irene recorrieron la mansión celeste en busca de su Roberto. Su Roberto no estaba allí.

Desasíendose bruscamente de la mano que la conducía, el alma de Irene retrocedió en los umbrales de la gloria.

—No—exclamó dirigiéndose a su guía,—no puedo entrar ahí. Llévame donde está el elegido de mi corazón. Tu Dios no me comprende si ha creído que yo podría gozar las eternas dichas mientras el hombre a quien amé sufre los tormentos eternos. Allí donde se halle mi amado, allí está mi paraíso: el lugar de donde él fuese excluido, ese será mi infierno. Recaba para mí de la misericordia del Omnipotente la condenación perdurable. Puedo ser útil en el infierno; suplícale en mi nombre que me exima del egoísmo de la gloria. Quiero participar del destino de mi amado, tomar para mí sus sufrimientos, confortarle en su aflicción, ser su amparo, su sostén y consuelo por toda la eternidad. Si algún mérito he contraído a sus ojos, Dios a fuer de justo, no puede negarme su premio.

Y esto oído, el ángel, atónito y escandalizado, voló a participar al Señor la nueva inaudita de que un alma bienaventurada se negaba a entrar en el cielo.

Gran perplejidad produjo en el ánimo del Eterno, el caso nunca visto. ¿Qué hacer? ¿Cómo resolver el conflicto? Llevar a Irene al cielo por fuerza era convertir en prisión la morada del perpetuo goce, transformar en pena la bienaventuranza, poner en la salvación la desdicha, introducir a un descontento entre los elegidos, mantener aherrojada en la gloria a un alma atormentada por la nostalgia del infierno. Acceder a su loca pretensión valía tanto como consentir que se condenara por amor y hacer del infierno la recompensa de la abnegación. Dar asilo en el paraíso al bien amado réprobo, equivalía a abdicar los fueros de la justicia infinita y a turbar, con la presencia de un pecito, la serenidad de los justos.

Arduo era el problema, aun para la infinita sabiduría. El Creador determinó someterlo al dictamen de su consejo de Estado. Llamados a capítulo, los consejeros tomaron asiento a ambos lados de su divino presidente. Ni más ni menos que en las mundanales, había en aquella celeste asamblea su derecha y su izquierda. Figuraban a la diestra del Padre los santos conservadores, los adoradores de la letra, los dogmáticos, los quemadores de herejes, San Agustín, Santo Tomás, el santo de Loyola, San Pedro Arbúes y Torquemada. Formaban el lado izquierdo los santos radicales, los devotos del espíritu, los servidores de la piedad. San Francisco de Asís, San Vicente de Paúl, el dulce Fernelón, algunos místicos y muchos mártires.

En tan heterogéneo concurso no es mucho que las opiniones estuviesen discordes. Tratose el asunto a fondo. Tomaron parte los conservadores por la condenación; los radicales por la salvación de los amantes. De uno y otro lado se adujeron razones de peso. Hizose valer por los primeros el respeto de la ley, la autoridad de los precedentes, la santidad de la cosa juzgada, la imposibilidad de que nadie vuelva a pasar aquella puerta en cuyo dintel está escrito que hay que dejar toda esperanza, el escándalo de confundir en el cielo a buenos y a malos, a santos y a réprobos, los riesgos de la impunidad, el peligro de que el infierno se quede desalquilado. Alegóse por los segundos el absurdo de que la abnegación incurriese en pena, la contradicción que resultaría de hacer para un alma infierno de la gloria, el poder santificante del amor, la necesidad de ensanchar el paraíso. A las razones sucedieron luego los apóstrofes, al debate reposado la agria disputa, a los argumentos las reticencias, las personalidades ofensivas, las alusiones mortificantes, de tal suerte que los santos consejeros a poco vienen a las manos. Tan grande fue el tumulto que es fama que el Señor tuvo que cubrirse para levantar la sesión, quedando de sus resultados en la situación en que suele quedar todo el que demanda consejo, es decir, más dudoso que antes.

De la lucha que en el Eterno Espíritu libraron después la justicia y la misericordia, sólo se conoce el resultado. Tras larga reflexión, llamó Dios a uno de sus alados mensajeros y dió una orden al oído. Y a poco vióse avanzar por el Empíreo, risueña, gozosa, triunfante, el alma de Irene, guiando el alma redimida de su amado por los caminos de la gloria.

De entonces data la gran revolución del cielo. La caridad promulgó la ley de gracia. El amor había para siempre vencido a la ortodoxia.

ALFREDO CALDERÓN.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.